

sus requerimientos. La mejor situación del campo, el fracaso de las primeras hilanderías y otros factores habían apagado el fervor industrialista de los años 70. En Argentina, como dice Francisco Suárez, el proceso de modernización se adelanta mucho al de industrialización. El PEN siguió la corriente.

En los últimos años del siglo XIX la UBA no influye directamente en el campo cultural. Sus miembros más eminentes ejercen su influjo fuera del recinto, en los clubes, salones, o sociedades. Los trabajos de ciencia pura son prácticamente desconocidos. En el discurso de recepción de académico dice el Dr. Pedro N. Arata: "La ciencia no arraiga entre nosotros, no se la entiende, ni se comprende que haya quien la cultive" y luego: "estamos dominados por un utilitarismo desesperante".

Podrá argüirse que era un problema del país y no de la universidad. No se trata de hacer traspolaciones de situaciones, pidiendo a una época lo que no estaba preparada para dar. Pero alguna falla hubo, pues la década del 70 en las universidades de Buenos Aires y de Córdoba había sido más fecunda y por lo menos había señalado rumbos que no fueron seguidos. En Córdoba se funda en los años setenta la Academia de Ciencias con Burmeister, aunque se suscita un conflicto entre academia y docencia que echa por tierra buenos propósitos.

La intención de Juan M. Gutiérrez al querer abolir los títulos era para que hubiera más doctos y menos doctores.

Aristóbulo del Valle en la colación de grados de 1895 afirmaba que a la Universidad le correspondía levantar la enseñanza del derecho a las regiones de una verdadera ciencia. Y Carlos Rodríguez Larreta en 1892 decía "queremos jurisprudencias que contribuyan a fundar al fin la ciencia jurídica argentina".

Las academias-consejos no se reúnen para sesiones científicas, lo que es motivo de queja del rector y del decano de medicina, Leopoldo Montes de Oca²⁵. Los *Anales de la UBA* incluyen a partir de 1888 hasta 1904 sólo cinco trabajos científicos originales. Se podrá decir que ese estado de cosas no depende de la ley. Pero poco hubiese costado incluir algunas líneas que hubieran estimulado y dado argumentos a los esfuerzos de algunos pioneros. Gutiérrez lo señaló en sus bases de 1872.

No se puede achacar a Avellaneda la situación de la universidad sin mayor articulación con la cultura del país y con el sector productivo. El quiso salvar la incapacidad de establecer estatutos, y nada más.

Queda la incógnita de la renuencia de los congresos en tratar leyes de modificación o de sustitución de una ley de emergencia.

Pero me queda una incógnita mayor: lo que hubiera hecho la universidad con una ley completa y sabia: glosando a Pellegrini podría decir que no bastan buenas leyes si no existen buenos hábitos y costumbres académicas. La ley más eficaz será la que sanciona buenas costumbres existentes.

²⁵ Montes de Oca, *Anales*, t. IX (1894), pág. 33.

EL SACERDOTE, HOMBRE RECONCILIADO Y PENITENTE

La Confesión de los sacerdotes

por O. D. SANTAGADA (Bogotá)

I. — Introducción

1. Identidad sacerdotal y penitencia

El origen de estas reflexiones puede encontrarse en algunas intervenciones durante el Sínodo de los Obispos de 1983 en el Vaticano. Tres Padres sinodales se refirieron a la necesidad de la reconciliación para los mismos sacerdotes: S. G. *Giacomo Beltritti*, patriarca de Jerusalén para los latinos (7ª intervención, 3 oct. 1983, en *L'Osservatore Romano*, 1983, ed. cast., p. 561); Mons. *Patrick F. Flores*, arzobispo de S. Antonio, Estados Unidos (83ª intervención, 5 oct. 1983, en *Ibid.* p. 568) y Mons. *Edouard Gagnon*, arzobispo pro-presidente del P. Consejo para la Familia (127ª intervención, 5 oct. 1983, en *Ibid.* p. 572). En el mismo Sínodo tres grupos de trabajo presentaron sintéticamente el mismo argumento (día 14 oct. 1983: grupo de lengua francesa A, relator cardenal *G. Danneels*, n. 4, en *Ibid.* p. 587; grupo de lengua francesa C, relator mons. *T. Tshishiku*, n. 3, en *Ibid.* p. 588; grupo de lengua hispano-portuguesa A, relator mons. *D. Castrillón*, n. 4, en *Ibid.* p. 585).

Durante estos últimos veinte años hemos sido testigos de muchos alejamientos del ministerio sacerdotal y de una crisis que todos lamentamos de corazón. Hay varias causas de esa crisis, y otros se han dedicado a analizar el tema. Por mi parte, pienso que existe una relación, probablemente causal, entre la denominada "pérdida de identidad sacerdotal" y el abandono que algunos sacerdotes han hecho, en la práctica, del sacramento de la reconciliación para sí mismos.

¿A qué atribuyo esta relación? A la vinculación natural entre identidad y conciencia. En efecto, la identidad personal está vinculada a la conciencia que se tenga de sí mismo. Y, por consiguiente, la identidad sacerdotal corresponde al grado de conciencia sacerdotal que se posea. Mi tarea consiste en demostrar cómo la conciencia sacerdotal se mantiene viva por el sacramento de la reconciliación.

2. Concentración y toma de conciencia

Ahora bien, hay solamente un medio para obtener esa conciencia de sí mismo: y es la concentración de todas las potencias íntimas para verse tal cual uno es. De lo contrario, vivimos en la distracción, o en la retracción de nosotros mismos, a que nos lleva la monotonía cotidiana,

la rutina mortífera, la obsesión emocional, la fijación ideológica y todas las cosas que nos alejan de nosotros mismos.

La concentración espiritual nos acerca a Dios, y al acercarnos a Dios nos acerca a nosotros mismos. Esto es absolutamente necesario, dado que el vivir de cada día, aún de aquellos que colocan su atención en las cosas más importantes, casi sin darnos cuenta nos aleja del centro interior de nuestras personas.

A menudo se escucha decir que alguien “está muy volcado” a su trabajo, a su negocio, a sus enfermos. Estar volcado significa estar “dado vuelta”, o sea, estar convertido a sus cosas y, por lo tanto, alejado de sí mismo. Tendría que “dar la vuelta” de 180° grados —la conversión— para poder reencontrarse consigo mismo.

Ese “dar la vuelta” o conversión es el llamado de Jesús a los hombres volcados en los asuntos exteriores, y es la condición indispensable para que puedan acercarse al Reino de Dios, que comienza en el propio corazón.

El tema que nos ocupa podría formularse así: ¿cómo puede el sacerdote católico acercarse al centro de su conciencia, y desde allí vivir en plenitud su identidad sacerdotal?

3. Olvido y memoria

Hay motivos fuertes para hacer ese interrogante. Nadie ignora que podemos pasar meses y años sin tomar conciencia, o como se suele decir, “sin darnos cuenta” que el tiempo ha pasado. Sin embargo, cada persona humana está llamada por Dios a no dejar pasar su tiempo, sino más bien a cumplir su tiempo, sus años. Y no puedo “cumplir” mis años sin una mirada profunda a mi interior para conocer quién soy y qué soy. Únicamente mediante este conocimiento interior puedo llegar a reconocermé y evitar la alienación, vale decir, el desconocimiento o la enajenación que puede hacerme extranjero para mí mismo, e incapaz de reconocer mi figura humana o la del prójimo.

¿Cuántos sacerdotes existen que se han olvidado de sí mismos? La expresión podría interpretarse *in bonam partem* para manifestar la actitud del hombre sacerdote —otro Cristo— que se desvive por los demás. Pero igualmente podría señalar a aquellos que se *han olvidado* de ser en la forma más radical y viven ajenos al misterio de Dios, que por otra parte presiden celebrándolo, y al misterio del hombre y del mundo, junto a los cuales transcurre la existencia de una vocación mayor. Con frecuencia se escuchan los lamentos de algunos “que se olvidaron de vivir”. El olvido, el triste olvido de vivir, se constituye así en otro motivo más para plantearnos aquella pregunta, ya que cada cual necesita *recordar*, o sea, volver a su corazón. Las lenguas francesa e inglesa tienen una hermosa expresión para indicar que algo se sabe de memoria: lo sabe “por el corazón” (*par coeur* y *by heart*).

¿Cómo podrá uno retener su identidad y no volcarla? ¿Cómo se podrá memorizar el valor de lo que uno es y no olvidarse, para no perderse en la noche de lo que no interesa más? ¿Cómo podremos los

sacerdotes católicos hacer fructificar la vida, cosechando la riqueza espiritual de nuestra “memoria cristiana”? (cfr. Puebla, n. 457).

Un sacerdote sin memoria de su identidad paraliza a la Iglesia, la estanca y la deja en un “hoy” provisorio, que será muy poético, pero no contribuye a evangelizar al mundo. Existe otro “hoy” para el cristiano. Es el *Hodie* de la liturgia, que nos permite traer al presente las maravillas salvadoras de Dios que ocurrieron en el pasado y anticipar la alegría del mundo futuro en la celebración de la fiesta cristiana. Por eso, el “hoy” de la liturgia es valedero, porque no es un mero presente sin relación al pasado o al futuro, sino un presente donde pasado y futuro se plenifican. Lo mismo debería suceder con nuestra historicidad humana. El hoy, nuestro presente, se debe vivir entre las tensiones que impone el pasado a rectificar y el futuro a dar a luz. En este punto de la historicidad de la persona humana, elegir una de las alternativas es cercenar la globalidad del llamado de Dios para cada uno de nosotros. No se trata pues de pasado, o presente, o futuro, sino del presente que mira al pasado y al futuro. Los medievales decían esto con una frase admirable: “*Ecclesia ante et retro oculata*” (La Iglesia con ojos adelante y atrás).

4. Experiencia de perdición y salvación

Si el sacerdote vive volcado a las cosas y olvidado de su identidad, está haciendo una experiencia que lo modelará negativamente. Esto trae consecuencias indeseables para la vida de la Iglesia: el modo como uno se *acostumbra* a vivir es el que va originando el futuro. Si uno acepta las costumbres de existir alejado del centro divino y humano, llegará a la muerte en un estado de “perdición”. No lo condena Jesús, sino que se condena a sí mismo por haberse apartado del Verbo de vida (cfr. 1 Jn 1:1).

Se puede vivir una vida sacerdotal como “perdidos”. Se puede también asumir la propia vida pecadora o simplemente limitada, no como un texto muerto, sino como una letra leída, enunciada, proferida, cantada, y de ese modo, viva.

Es preciso cosechar la semilla sembrada en nuestros corazones desde el Bautismo, inicio de nueva salvación. Esa cosecha es una labor que nos une a *todo* el campo de la Iglesia. En esto nunca podemos sentirnos solos. Tal cosecha consiste en ir recolectando las *experiencias* de la *fe cristiana* en nuestras vidas. No es una siega a la que hay que temer: se corta para volver a fecundar. Al dar la vuelta hacia nosotros mismos cosechamos unos recuerdos que nos pertenecen y tocan a toda la persona. No interesa aquí para nada la memoria de la erudición, sino aquella que se estremece ante los sueños, los símbolos y los modelos que recibimos. Federico Fellini concluye genialmente su film “8 y ½” con una inmensa ronda de seres rescatados de su negrura y pecado, y revestidos de blanco, en una grandiosa fiesta de unidad en la cual el hombre perdido vuelve a encontrar el vestido sin mancha de su primera Comunión. No conozco sus ideas y sus expresiones conceptuales, pero no pudo él deshacerse completamente de la riqueza cristiana de su

tradicción italiana, permanecida en su memoria a través del símbolo del vestido blanco, de la alegría de una fiesta pura y sin aburrimiento, y finalmente del cielo donde las personas se dan la mano una a otra para formar el coro de alabanzas a la Trinidad. Es la salvación vista como vida placentera sin pecado.

Existen en nuestra historia personal algunos signos capitales que han forjado nuestra experiencia de cristianos. Para bien o para mal. Así, por ejemplo, no es la idea o concepto de generosidad la que puede movernos, sino el haber dado, en un gesto concreto e inolvidable, los últimos centavos que teníamos a un ser humano que los necesitaba para vivir. La limosna concreta es inolvidable. No parece. Queda siempre rescatada. Se hace memoria cristiana, siempre capaz de ser asumida como algo positivo en el momento de la conversión.

5. *El confesor, testigo necesario del reencuentro con Dios y consigo mismo*

Todo lo que digo sobre la necesidad y exigencia de concentración, debe ser entendido mediante otra realidad para que no se transforme en pensamiento de hombre aislado. La pura concentración y el mero examen de conciencia o crítica personal no basta para que el hombre se reencuentre consigo mismo y con Dios. Su identidad, por ser católico, pasa por lo comunitario. Sólo ante un testigo de su propia condición, elegido por su autoridad moral o divina (y por consiguiente, no un ángel o un santo canonizado), puede uno *verse* de verdad. No podemos mirar lo que somos, sin sacar del corazón lo que tenemos bien escondido. Eso exige que nuestra boca se abra para enunciar las experiencias positivas o negativas que la memoria va trayendo a la conciencia. Es una condición *sine qua non*. Hay que abrirse a otro sacerdote, poseedor de la potestad sacramental que nosotros poseemos, para retomar las riendas de la vida con entera libertad y correr la carrera que Dios nos propone.

Este hablar o dialogar nos permite tomar una distancia prudente para leer, que no sea aquel excesivo alejamiento del que hablábamos y nos haga ilegibles las realidades que tratamos: Dios, nosotros y los otros, el mundo. De esta manera, la concentración se hace examen de nosotros mismos, "examen de conciencia", que puede hacerse con los ojos cerrados o en la oscuridad. Pero como estamos llamados por Dios a ser "hijos de la luz" (1 Tes. 5:5; Ef. 5,9), es menester la presencia de otro, el confesor, para no permanecer con los ojos bajos, sino abrirlos para mirar serenamente nuestra propia verdad. El "pretexto" de mucha gente que no quiere confesarse, es precisamente la negación de lo que venimos diciendo: ¿acaso voy a contarle mi vida íntima a un hombre como yo? Ese "hombre como yo" es imprescindible para recobrar la propia identidad, a condición de que asuma las reglas del juego: capacidad para entablar una relación personal, respeto máximo por el que "cuenta", y negativa absoluta a querer usar la confesión de los pecados o de la existencia para manipular al prójimo.

Hay también otro asunto vinculado a esta necesaria toma de dis-

tancia. Consiste en saber que no podemos "contarnos" indefinidamente. Confesarse con "cualquiera" y con muchos, para repetir una lista de pecados, puede hacernos perder aún más de lo que estábamos. Es como desarmarse y dejar girones de uno mismo ante muchos testigos, que nos ven marchar con lástima y dolor. No podemos desparramar nuestra vida. Hace falta un testigo que realmente nos ayude. Ese es el sentido de los confesores de los seminarios y conventos. Es cierto que la Iglesia siempre ha dejado en libertad a quienes deseen ir a otro confesor. Pero la libertad de elegir confesor, no significa que no se puede mantener el confesor por mucho tiempo, de modo que nos conozca bien y comprenda el proceso de nuestra vida espiritual y las edades por las que vayamos pasando. Elegir un confesor permanente, no es un asunto trivial. Exige sabiduría, humildad y fortaleza.

II. — La Confesión de la Fe: "Confessio fidei"

En el Símbolo Romano confesamos que pertenece a nuestra fe la comunión de los santos y la remisión de los pecados. El Símbolo Niceno-constantinopolitano, por su parte, del año 381, nos hace proclamar: "Confieso un solo Bautismo para el perdón de los pecados". Llama la atención que en los dos Símbolos la remisión de los pecados esté vinculada sea a la comunión de los santos como a la profesión de la fe bautismal. Por eso, he elegido aproximarme al tema tomando como punto de partida la profesión de la fe o la confesión bautismal. Enseñada voy al centro de la cuestión que es el perdón de los pecados. Por fin, me detengo en la comunión de los santos: ese aspecto del dogma católico que facilita una reflexión sobre la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. La conclusión del estudio será una recapitulación de las ideas y experiencias que presento aquí.

1. *La mirada de la fe nos acerca a Dios Padre, a nosotros, al prójimo y al mundo*

El primer elemento que se requiere para reflexionar sobre el sacramento de la reconciliación en la vida espiritual de un sacerdote católico es éste: la confesión de los pecados es, ante todo y principalmente, una confesión de la fe. Solamente el creyente puede comprender la transformación interior que produce el perdón de Cristo administrado por la Iglesia. Al igual que en la Eucaristía las apariencias del pan y del vino permanecen visibles, también el que se levanta de la confesión parece el mismo de antes. Pero así como adoramos el cuerpo y la Sangre de Cristo presentes en el Sacramento del altar, del mismo modo el hombre que ha rescatado del olvido sus pecados y limitaciones, sus tentaciones incluso, es una nueva creatura, un hombre nuevo renovado por la gracia del Espíritu Santo.

Me viene a la memoria lo que me sucedió en ocasión de una celebración penitencial comunitaria. Una señora que se había acercado

al sacramento hacía poco tiempo, se presentó también en la celebración de marras. Comenzó diciendo que no tenía pecados de que acusarse, pero que quería libremente arrodillarse en el confesionario frente a todos sus amigos y conocidos para “hacer un acto de fe”. Pensé en aquel momento y hoy lo reconozco así, que Dios me estaba enseñando algo muy hermoso por medio de aquella mujer. Sí, la confesión es un acto de fe, la renovación de la fe bautismal, que nos llamó a vivir “en Cristo Jesús”.

Por la fe solamente, podemos considerar a nuestro confesor como la imagen del padre misericordioso de la parábola que abre sus brazos para recibir al perdido, es decir, al volcado a las cosas. Considerar el sacramento de la reconciliación como una absolución de los pecados graves es reducir el misterio del amor de Dios Padre. El cristiano no está llamado a una profunda conversión de una vez para siempre, como si no hubiese más necesidad de penitencia y reconciliación. El Bautismo es el sacramento definitivo que nos da el carácter de cristianos. Pero la confesión es el sacramento a repetir tantas veces como sea necesario purificarnos del polvo que nos va dejando el camino de la vida. Es cierto que el creyente convertido debería vivir “muerto al pecado” como indica San Pablo (Rom. 6:11). Pero para eso mismo es menester recordar que Dios nos ama y que no quiere que vivamos volcados hacia las creaturas.

Cada sacerdote hace bien en confesarse a menudo para mantener su fe alerta, para poder ser “confesor”. En el vocabulario eclesiástico la palabra confesor fue aplicada antes que a los sacerdotes en el sacramento de la reconciliación, a los que con su vida profesaban la fe en Cristo Jesús y seguían sus huellas.

La confesión del sacerdote es una manifestación de que cree en la misericordia del Padre y de que su propio ministerio debe ejercitarse en la paciencia de la espera del pecador y no en la rutina. Con esta actitud, nos acercamos al misterio de la Paternidad de Dios y podemos comprender cuál es el motivo profundo para que seamos llamados “padres”, a pesar del precepto de Jesús: “A nadie llaméis padre” (Mat. 23:9). Pero, en nuestro caso, no podemos ejercer un ministerio paternal si antes no hemos pasado por la experiencia de sentirnos hijos queridos, y no hemos reconocido nuestra limitación. El único Padre es Dios, de una manera sin límites. Tan limitados somos nosotros que solamente por la Gracia del Espíritu Santo, que recibimos al confesarnos, podemos tratar al prójimo, al mundo y a nosotros mismos con auténtica misericordia. Este es el testimonio que necesita el Pueblo de Dios de sus sacerdotes. Esta es la verificación de nuestro ministerio, según la palabra de Jesús: “Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón”.

2. La confesión sacerdotal nos acerca al misterio de Cristo

Con Jesús la historia salvífica llega a su plenitud. El es el centro y el foco luminoso de esa historia. Todo el pasado mira hacia El, y también el futuro cobra sentido en él.

Pues bien, entramos en la historia de salvación por el Bautismo. Pero en lugar de vivir olvidados de esa historia y de la alianza, por

nuestra confesión traemos a la memoria la propia historia y la incorporamos al resto de la Historia de las maravillas de Dios. Lo insinuamos al comienzo de este estudio: cada creyente posee una historicidad hecha de pasado, presente, y futuro, que no puede ser reducida a puro presente infinito. Lo típico de la naturaleza humana en este mundo es ser histórica y desarrollarse a lo largo del tiempo. Un tiempo que duele, pero que se hace salvación. La Encarnación del Verbo de Dios es una asunción del tiempo, incluso para redimirlo, según la antigua sentencia de San Ireneo: “Lo que no es asumido, no es redimido”.

En el sacramento de la reconciliación se hace presente toda la pasión, resurrección y ascensión de Jesús. Todo lo que sucedió en la historia hace muchos siglos, por la fuerza del Espíritu Santo, se hace transhistórico y presente en nuestra vida. Entrar a la confesión es ponerse en contacto con el misterio redentor de Cristo en su aspecto de liberación del pecado. Es aceptar que nuestra vida no es un puro pasaje sin problemas, sino implica una cierta aceptación libre de expiar por los demás. Si el sacerdote se distingue en algo del simple creyente, y así lo creemos, es por su vocación a identificarse deliberadamente con Cristo en el aspecto expiatorio de su obra salvífica. Y mal podríamos ser testigos de este aspecto si no hiciéramos uso del misterio sacramental que más exige a nuestra humildad y conciencia.

Pero hay más aún. El sacramento de la penitencia nos libera para ser libres de verdad. Considerar a la confesión como una opresión es la manifestación de una vida alejada del centro que es Cristo. Al contrario, pienso que la confesión es absolutamente indispensable para ser libres con la libertad de Jesús. Entonces vemos todas las cosas no al revés, sino al derecho: en lugar de “evitar la mentira”, comenzamos a “vivir en la verdad”, y como éste muchos otros ejemplos en los cuales tendremos la experiencia de existir plenamente impulsados por el ideal, más que tñisionados por el mal.

3. El amor es más fuerte que todo

Esto nos lleva de la mano al tema fundamental de la Iglesia a lo largo de la historia: ¿qué es más fuerte: el poder o el amor? Autores modernos y antiguos se plantearon el dilema: unos quitaron uno u otro término de la alternativa. La respuesta exacta sólo puede encontrarse en Pablo y en los que, como él, comprendieron cabalmente el misterio de la muerte de Jesús y de los santos. Así, ejemplarmente, concluye el drama de Juana de Arco en la pluma de Paul Claudel: muere ella repitiendo que “el amor es lo más grande”. Más grande que la fe. Más que la esperanza. Y por consiguiente, mucho más que el poder. El amor, para usar una expresión de Héctor Mandrioni, “transfinaliza” al poder, lo supera dándole sentido, lo salta por encima y le gana la carrera.

Pero este amor exige de nosotros un elemento vital que no es fácil obtener: la transparencia interior. Basta leer alguna novela de Fedor Dostoiewski, de William Shakespeare, de Miguel de Cervantes o de Thomas Mann, para captar cómo pueden ser los velos y tinieblas que

cubren nuestro corazón y lo hacen opaco. Y la vida de un sacerdote no puede ser "opaca", sino transparente. Eso es lo que espera el Pueblo de Dios. ¡Para eso nos llamó el Señor! .

El amor de Dios, recibido en su misterio sacramental, al cual contribuimos con la apertura de los pliegues del alma, nos permite ser transparentes. En esta época en que hemos redescubierto la importancia de los actos del creyente (*Ex opere operantis*), junto a la celebración del rito (*Ex opere operato*) no podemos caer en la simple negación de esas partes. Ni negar el rito y privilegiar las disposiciones del penitente. Ni distribuir absoluciones sin los debidos actos del hombre contrito. Ambos elementos se unen para realizar el misterio salvador en cada persona. Así recibimos el amor de Dios y nos revestimos de claridad interna: vemos nuestra existencia con nuevos ojos, y la existencia de Dios nos hace contemplar de diferente modo la vida de los otros y el transcurso del tiempo o el cambio de espacio.

Por la confesión de sus miembros, incluyendo en primer lugar la de sus ministros, toda la Iglesia se hace transparente de modo que la luz del Espíritu Santo pueda iluminar al mundo. Por eso mismo, la primera tarea de toda auténtica evangelización es el testimonio (cfr. *Evangelii Nuntiandi*, n. 26).

III. — El Perdón de los Pecados: "Remissio peccatorum"

1. Dificultades de la confesión

a. La actitud de defensa

Hay algunas dificultades de tipo emocional para dejar de lado el sacramento de la confesión. La primera es una actitud de defensa que se manifiesta en la vergüenza, el miedo o la angustia ante el "despliegue" de la propia conciencia. Quizás esta actitud sea entre nosotros un problema "cultural" por algunos desvalores de la familia, entre ellos los sistemas represivos de la educación y los argumentos que son expresamente objeto de tabúes. Dejo la investigación de esta probable raíz cultural a otros más expertos. Trataré de considerar este aspecto en la óptica de la fe cristiana.

Cuando hablo de "vergüenza" no me refiero propiamente al pudor, que es una virtud perteneciente a la templanza. Es otra vergüenza la que sentimos delante de la confesión. Es la vergüenza defensiva, es decir, un temor ciego y mudo que nos impulsa a quedarnos donde estamos para no ser considerados perdedores. A toda costa, queremos ser vistos como campeones (y quizá lo somos en algún ámbito de las posibles realizaciones humanas) y la inminencia de tener que encarar, o sea, dar la cara, enfrentar, hacer frente a cosas de nuestra vida que preferiríamos no remover, nos detiene de tal modo, que casi sentimos angustia ante la obligación de abrir la conciencia al confesor. Lo mismo sucede al confesor que solamente realiza su ministerio de reconciliación por oficio y no por la experiencia de su propia vida de penitente: siente angustia y miedo, incluso algo de admiración, frente al creyente

que se manifiesta tal cual es y según un examen sin concesiones al deseo de ocultamiento y a la tranquilidad de una existencia "mentirosa".

La exigencia de la confesión nos *inquieta*, es decir, nos saca de la quietud. ¡Podría suceder que el confesor fuera un santo y nos ayudase a ver y encontrar algo que no quisiéramos ni ver ni encontrar!

Si comparamos nuestra vida con la de los santos, nos llama la atención (y nos parece un poco trasnochado) el hecho de que acudieran a confesarse con harta frecuencia. Preferimos seguir en nuestra "acción pastoral" y dar al olvido "lo de antes". Ellos, en cambio, hacían todo lo posible para tener siempre delante sus debilidades y limitaciones. ¿No decía San Pablo acaso: "Me glorío en mis debilidades" (2 Cor. 11:30).

Aquí hace falta meditar nuevamente sobre la vocación del bautizado a recordar su realidad de pecador. En cada Cuaresma, en cada celebración de la Eucaristía y los sacramentos, se comienza por traer a la memoria la condición humana que contribuye a que este mundo sea un "valle de lágrimas" en lugar de hacerlo un "cosmos", una hermosura. No hay vida cristiana sin este encuentro consigo mismo. Me viene a la mente un hecho significativo: tres personas se jubilaban en una empresa y recibían un agasajo. Dos hombres dieron su testimonio: habían estado esperando este momento desde hacía años para poder ser libres. La mujer, en cambio, dijo tranquilamente: "Nadie pudo quitarme mi libertad y no esperé al día de hoy para ser libre. Mi fe me impulsó a vivir de otra manera, incluso dentro de esta compañía". Ella trató de vivir su fe en la empresa, y su fe incluía la libertad del Espíritu Santo. Llamar "vida" a lo que es huida, es un engaño: es escapar a la vocación primera de nuestro reconocimiento como limitados y no ilimitados. Y en ese reconocimiento, amar a Dios que nos creó así, amar a los demás y a nosotros mismos, amar al mundo. Este es el único modo de hallar la *quietud* del corazón, y con ella, el principio de la bienaventuranza. Es posible existir en la falta de memoria de uno mismo. Lo sabemos bien. Y asimismo sabemos cuantas frustraciones, ambiciones, fracasos y mezquindades se ocultan tras la agradable impresión de muchas personas. El triunfo o la victoria vienen exclusivamente cuando encontramos *el perdón*.

No quedaría completo el cuadro si a esta inquietud que proviene de nosotros mismos, nos sumásemos la que brota de ciertos nefastos ejemplos que impulsan a perder la confianza en un ministerio bendito de la Iglesia.

Los modelos negativos también provocan inquietud: el no ser escuchados, el no ser respetados, el tomar nuestras cosas a la ligera, el asumir nuestra libertad en lugar de darnos espacio para ejercerla, la manipulación y otras cosas semejantes. Lo enuncio sólo, pero este tema merecería un desarrollo ulterior.

b. La ira consigo mismo fruto de la huida

La segunda dificultad es la huida de sí. Ante la memoria que nos pone por delante nuestra existencia, podemos tomar el camino de la

huida o el escape. Es mucho más fácil que recordar nuestra limitación. También conduce con facilidad al deseo insaciable, al orgullo, la soberbia y la omnipotencia.

Esa huida tiene un triste fruto. Es la ira consigo mismo, que consiste en un sordo reclamo interior ante lo que no somos y deberíamos ser. Para el sacerdote esto es mucho más fuerte, en la medida en que su existencia consiste en mantener un radical equilibrio entre la tensión del servidor de Dios y servidor de su Pueblo: un "hombre como los demás" pero con mayor responsabilidad y mayor conciencia de las aspiraciones evangélicas...

Esta ira hace perder la alegría de vivir y el entusiasmo de transmitir los valores cristianos. Es también escándalo para la comunidad cristiana, que siempre espera de nosotros la dulzura como un fruto del Espíritu Santo.

c. *El relajamiento espiritual*

La tercera dificultad podríamos denominarla "relajamiento" en oposición a la tensión evangélica que es la síntesis de nuestra vida. Es distinto el relajamiento de la relajación o descanso, necesarios para el ocio y el equilibrio interior. El relajamiento es como un aflojamiento o debilidad del organismo espiritual que va ocurriendo de a poco hasta concluir en una mortandad íntima. El relajamiento sería la situación del que no es "ni frío ni caliente" (Apoc. 3:15) y se manifiesta de varios modos. Ante todo, el dinamismo interior del sacerdote queda como frenado hasta su detenimiento. Luego se siente un fastidio muy grande ante cualquier situación que requiera cierto esfuerzo o que cueste demasiado, incluso que saque de la comodidad en que uno se ha habituado a vivir. (Comodidad en el sentido más general de "acomodarse" y no implica ni mayor bienestar ni riqueza). Por fin, el relajamiento dificulta los movimientos necesarios para llevar una vida cristiana plena: todo se hace pesado en esa existencia. La persona se vuelve así torpe, lánguida y por consiguiente está muy cerca de perder las fuerzas morales. Esto conduce inmediatamente a dejar el *examen de conciencia* y después a alejarse del sacramento de la confesión. Es fácil darse cuenta que esta enfermedad no es exclusiva del sacerdote y, me inclino a pensar que podría reflexionarse mucho sobre ella a partir del vicio de lo que los antiguos teólogos llamaban "acedia" o pereza interior, y que es típica del mundo contemporáneo. Por eso, el contagio es ahora mayor.

Conviene mencionar algunas causas de ese relajamiento. Ante todo, si se aflojan los mecanismos necesarios para mantener una vida cristiana, por ejemplo la oración, el ejercicio de las virtudes, el cumplimiento de los deberes de estado, la rectitud en el obrar para no caer en la negligencia, la rutina y el cinismo (que es una indiferencia por los ideales y sentimientos del prójimo), entonces el creyente peca por falta de alimento interior. Un indicio de este comienzo de enfermedad es cuando se van acortando cada vez más los tiempos delicados a los mencionados mecanismos. Otra causa puede ser la imprudencia

espiritual, que conduce a decisiones inadecuadas, curiosidades malsanas, aceptación sin lucha de las tentaciones. Esta imprudencia va minando el organismo espiritual, así como la anemia debilita el cuerpo humano. Para reconocer esta imprudencia causante de relajamiento basta un poco de conciencia de haber cometido pecados veniales deliberados. Una tercera causa de aflojamiento cristiano proviene de la mentira y la envidia, y se manifiesta en espíritu de codicia material, en aspereza y menosprecio por el prójimo, y en olvido de Dios.

Al meditar sobre estas causas se comprende mejor cómo las tinieblas van oscureciendo la luz íntima de la conciencia y sus juicios se nublan. De aquí nace lo que yo llamaba el "pretexto" o la excusa existencial. El relajamiento lleva a una conciencia laxa que permite la presentación de juicios interiores falsos y el seguimiento de caminos errados. Es el principio de la ceguera espiritual contra la cual nos advierte Jesús: "Si un ciego conduce a otro ciego, ambos caerán en el pozo" (Mat. 15:14).

Ahora llegamos a tocar aquel estado del que hablé al comienzo de este estudio: el hombre volcado a las cosas y alejado de Dios. Esto bien podría llamarse la "inclinación hacia el mal". La palabra inclinación nos da la clave para visualizar esta situación. No se trata de una caída imprevista de arriba a abajo, sino de un deslizamiento insensible hacia abajo. Cuando no se toma una firme decisión, el sacramento de la penitencia puede ser usado para acusarse de trivialidades, y al fin para abandonarlo.

¿Cómo hay que hacer para dar la vuelta? ¿Cómo recobrar la salud espiritual? ¿Cómo recuperar el vigor de la fuerza moral? ¿Cómo volver a escuchar con el corazón la palabra de Jesús que está a la puerta y llama (Apoc. 3:18-20)? Mi respuesta es la que puede adivinarse ya: *el recurso frecuente al sacramento de la reconciliación*. Tratemos de buscar juntos todo el beneficio que aporta al alma cristiana este sacramento.

2. *Aspectos positivos de la confesión*

a. *La memoria cristiana*

Para el sacramento de la reconciliación hay un itinerario en cinco pasos:

- 1) examen de conciencia;
- 2) dolor de los pecados;
- 3) confesión de los pecados;
- 4) propósito de enmienda;
- 5) aceptar y cumplir la penitencia.

Este es el itinerario tradicional. Trato en este estudio de tocar lo que me parece el punto neurálgico de ese itinerario: la acusación de los pecados en relación a un examen del pasado y a una aceptación del futuro. Estoy convencido que en ese itinerario el primer impulso proviene de Dios mismo. Esto es lo que hace que nuestro acto de confesión sea mucho más que un acto humano: se transforma en un don de Dios.

Por eso, no visualizo aquí nuestros actos de verbalización como una mera escapatoria a la sensación de culpa, ni reduciría el sacramento a la absolución de la culpa, sino mucho más importante considero que es el *reencuentro* con el misterio de Dios. Tal reencuentro se hace mediante la memoria, y las palabras. En efecto, nuestra memoria nos permite traer al presente todas las experiencias de bien o mal o perplejidad para afirmarlas, rechazarlas o corregirlas. En castellano el verbo *re-cordar* indica que la memoria es un "volver al corazón". Los hombres sin memoria auténtica, se vuelven cínicos y pierden el corazón. La lengua inglesa posee otro verbo, también significativo para expresar el oficio de la memoria: "remember". Quiere decir "volver a ser miembros", volver a unir los miembros, reintegrarse en la propia persona. Esto es interesante porque la experiencia prueba que podemos vivir en la modalidad de seres fragmentados, hechos pedazo, desparrramados en mil cosas y, como decíamos al comenzar, volcados en las creaturas y alejados de Dios.

La función de la memoria cristiana consiste precisamente en traernos a las raíces de nuestra fe: lo que está grabado en nuestro corazón por el carácter sacramental del Bautismo. Así el repasar nuestra vida a la luz de la memoria es una profunda experiencia de reencuentro y vitalidad. Si algo podemos dar al mundo, como testimonio de nuestra identificación con Cristo en el Bautismo, es una existencia íntegra y no fragmentaria. El hombre fragmentado se pierde en mil rutas y entra en muchos callejones sin salida. Con facilidad puede verse lo serio que es el tema apenas se aplica a la vida del mismo ministro de la confesión. El sacerdote no puede dejarse fragmentar: estamos llamados a vivir con la plena conciencia de la unidad interior de nuestro ser, con el sentido de no estar desmembrados o haber perdido el corazón, que es la peor forma de estar desmemoriados.

Todo ese reencuentro lo logramos al leer el texto de nuestras vidas delante del testigo cualificado por la Iglesia. Es menester que caigan los *pre-textos*, las excusas, de modo que podamos mirarnos como somos: qué somos y quiénes somos. Sin embargo, podemos ser infieles a nuestra memoria a causa de la mecanización de nuestra propia "lectura" interior. No basta decir una lista de pecados, tan categorizada que ni el confesor ni el penitente pueden "leerla" y "entenderla". No existe una buena confesión si digo: "Me enojé cuatro veces". Ni siquiera los porqué, los cómo y los cuándo pueden medir el sentido y la situación de mi vida. La memoria de las circunstancias nos ayuda a que la confesión sea algo más que una mera manifestación despersonalizada de una lista estereotipada culturalmente de pecados. El ejercicio de memoria cristiana que propongo, aún con el mejor confesor, debe ser siempre *una relación entre personas*. El penitente, aunque sea sacerdote, necesita que el confesor le pregunte: "Podría expresarse un poco más sobre eso". Así, en pocos minutos se entabla un diálogo inesperado que rompe el listado de las culpas para encontrar el fondo de nuestra confusión y debilitamiento. No basta pues enumerar faltas "de modo solipsista y desesperado", sino "a manera de diálogo religioso" (cfr. Juan Pablo II (21 marzo 1984), *L'Osservatore Romano*, 84, ed. Cast., p. 191). Enton-

ces la necesidad psicológica de comunicarse por parte del pecador se transformará en el acto por el cual nos descubrimos como infieles y traidores al llamado de Dios (cfr. *Ibid.*). De este modo, la memoria cobra vida, y la gracia de Dios encuentra corazones dispuestos a escuchar su palabra y llenarse de la armonía interior que viene del Espíritu de Jesús. S. Clemente I decía: "Más le vale a un hombre confesar sus caídas, que endurecer su corazón" (Ep. ad. Cor. c. 50 n. 55). La memoria de Cristo, que revive en el sacramento, nos ayuda a pasar por el corazón las vidas de todos aquellos que fueron levadura en la comunidad cristiana. Los ejemplos y testimonios de los antiguos misioneros que llevaron el Evangelio por nuestras tierras reviven en la memoria de la fe: ¡cuántos hombres y mujeres fueron signos vivientes de la opción bautismal! La lista de los santos de América Latina, aunque muchos esperan todavía la canonización, es impresionante. La vida penitente y austera de S. Rosa de Lima, el amor por el pueblo de S. Mariana de Quito, la dulzura interior de S. Francisco Solano, el espíritu pacífico del beato Roque González, S.I., y otras muchísimas vidas de nuestros evangelizadores, clérigos, religiosos o laicos, se hacen presente en el momento en que decidimos enderezar nuestra existencia, purificar el terreno, sacar las malezas, y dejar que la luz de Dios brille en medio de las tinieblas.

b. *Mirarnos con humildad*

Si algún beneficio nos brinda la memoria cristiana es la de seguir el ejemplo de S. Pedro y rechazar la actitud de Judas. Este último confesó su culpa delante de los ancianos, pero no obtuvo perdón (cfr. Mt. 27:4). Pedro, en cambio, lloró amargamente su infidelidad (cfr. Mt. 26:75) y por eso pudo recibir la potestad que le dio Jesús resucitado (cfr. Jn. 21:15 ss.). Tenemos que aprender a querernos a nosotros mismos y perdonarnos. La confesión nos permite ver cómo ejecutamos nuestra partitura. El ideal de perfección, el texto de la partitura siempre será Jesús y los que siguieron sus huellas de cerca. Pero lo que interesa es cómo ejecutamos nosotros la partitura. Debemos repasar la "letra" de nuestra vida y comenzar a leerla en voz alta. La confesión permite al sacerdote recuperar su voz natural, y dejar todas las afonías y ronqueras del espíritu. Y la memoria de la fe se encarga de transmitirnos la gloriosa sinfonía ejecutada por los santos. Con ellos nos animamos a releer el Evangelio y levantar nuestra vida.

Todo esto nos invita a pedir a Dios la virtud de la humildad. Sin ella será casi imposible aceptarnos como limitados y no omnipotentes, como instrumentos y no mesiánicos salvadores, como servidores ("ministros") y no amos de los demás. La virtud de la humildad nada tiene que ver con una actitud de desprecio interior que destruye a uno mismo en aparente humillación. Humildad requiere previamente un básico amor y respeto por sí mismo. Sólo así somos capaces de ver con claridad los valores y los desvalores de la ejecución de nuestra partitura o de la lectura de nuestro texto, por seguir usando las analogías anteriores.

Precisamente una humilde confesión nos hace ver tales valores.

o desvalores. Esto es importante, porque entonces nos damos cuenta de cómo estamos insertados en medio del propio Pueblo cristiano en un determinado lugar geográfico y cultural. Sólo así podemos identificarnos con el tipo de vida cristiana que necesita la comunidad católica en un definido momento de su historia. Lejos de copiar otros modelos, ejecutamos el nuestro convencidos que si tiene valor evangélico en lo poco que hacemos, puede entonces llegar a adquirir valor universal.

Hace falta resistir la principal tentación del sacerdocio: pensarse a sí mismo como salvadores. El sacramento de la Reconciliación nos ayuda a tomar conciencia de que Dios nos cura, nos sana, nos salva. Confesarse es una "fiesta" no porque haya necesidad de exteriorizaciones, sino porque interiormente surge esa sensación de festejo y agradecimiento, como cuando hemos sido dados "de alta" después de una operación quirúrgica.

La humildad nos conduce a confesarnos de manera sencilla y personal. La confesión, a su vez, nos lleva a aceptarnos como somos en los distintos momentos de nuestra historia personal. Incluso nos hace tomar conciencia de nuestra inserción cultural para tratar de corregir los desvalores que transmitimos por contagio o inconscientemente.

c. Fuego de vivir

La fiesta de confesarnos consiste, sobre todo, en este dejarnos vivificar por el Espíritu Santo de Jesús. Sabemos bien cuáles son los frutos del Espíritu (cfr. Gal. 5:22 ss.). Especialmente, la alegría, la dulzura, y el entusiasmo.

Como ministros ordenados de la Iglesia, nuestras *motivaciones* no pueden reducirse a lo que desde Jesús son puras tentaciones de destrozamiento interior: el cuerpo por el cuerpo mismo; las riquezas materiales; el poder. El motivo de nuestra existencia sacerdotal es el amor a Dios. Es fuego que no termina en cenizas, sino que se mantiene siempre vivo para llevar a los demás el alma del Evangelio. Pensemos en S. Vicente de Paul, dedicando sus noches de anciano a escribir a todas partes para acercar al pueblo cristiano al misterio de la caridad de Dios, y hacer vivir en sus sacerdotes y consagradas el amor a los pobres y despreciados de este mundo. Pensemos en los venerables mártires que han dejado escritas con su sangre las mejores páginas de la historia de la Iglesia.

Cuando el amor es el motivo, entonces es posible llegar a amar el dolor, como musitaba S. Teresita de Lisieux poco antes de morir.

IV. — La Comunión de los Santos: "Communio Sanctorum"

No quedaría completo el cuadro que intento presentar, si no dedicase una sección de este estudio a contemplar la obra del Espíritu Santo en nuestra confesión sacerdotal. Por la memoria de Cristo o de la fe de la Iglesia recuperamos nuestra conciencia e identidad. Por el acto de

fe en Dios Padre vemos al mundo con otros ojos y en nuestro horizonte se insinúa el gran misterio de la trascendencia del hombre. Por la acción del Espíritu Santo, en fin, somos curados en el presente para iniciar ahora el trabajo que necesita el porvenir. Veamos esto con más detalle.

1. Curación de la libertad

La "comunión de los santos" proclamada en el Credo, no es una realidad del futuro, sino comienza aquí y ahora. La hacemos nosotros desde esta historia y la anima Dios con su Espíritu.

El Espíritu Santo realiza en nuestro interior lo que anunciaron los profetas del Antiguo Testamento y, sobre todo, lo que prometió Jesús: ablanda el corazón y nos enseña todo lo que necesitamos. Esto se realiza, de modo peculiar, en el Sacramento de la Reconciliación. Nuestra libertad, siempre pasible de desviación a causa de la debilidad y del pecado, necesita reorientarse. Cristo es el "oriente" de nuestra vida y hacia él nos conduce el Espíritu que él entregó a su Padre en el momento de cumplirse su hora (cfr. Lc. 23:46). El Espíritu Santo no nos quita la libertad en sus varias posibilidades de bien (libertad interior, libertad de solidaridad, libertad para el bien común), sino nos la devuelve curada y sanada.

Para eso se necesita de nuestra parte aprender a *detenernos* en este momento para poder seguir luego el itinerario cristiano y acompañar como auténticos mistagogos la peregrinación del resto del Pueblo cristiano. Sea cual fuere el modo de vivir precisamos este detener por unos instantes toda la acción o inacción. Lo hacemos en la confesión que se transforma así en el tiempo del descanso durante la marcha, el tiempo de la recuperación humana. Y del mismo modo que cuando peregrinamos se requieren esos prójimos, que aún desconocidos, nos brindan una taza de café o una naranja para recomfortarnos y reanimarnos, también en la vida cristiana necesitamos al confesor, ese prójimo "igual que nosotros", que convierte los minutos del Sacramento en encuentro personal y toma de decisión sobre lo que hacemos para servicio de la Iglesia y construcción de la cultura cristiana de nuestro pueblo.

Todo lo que hemos dicho antes cobra nuevo color ahora: confesarse es recuperar la fuerza para tomar las riendas de la vida con mi propia libertad. Este es el modo como el Espíritu de Jesús actúa en nosotros: no suplanta nuestra libertad, sino simplemente la sana para que ella actúe. De pronto, recobran su figura los ideales evangélicos y nuestra existencia sacerdotal adquiere profundidad. Deliberadamente rechazamos vivir en la superficialidad, porque ya no tenemos miedo a vernos tal como somos. Valía la pena haberse detenido para volver a seguir. No se puede hacer un viaje sin paradas. Tampoco en la vida cristiana: hay que detener la marcha, para ver con la brújula del Espíritu Santo como transita nuestra libertad. Es algo que sucede en el presente, pero que pudo hacerse recurriendo a la memoria, y tendrá consecuencias más adelante.

2. Apertura a los ideales

La mirada de la humildad hizo que nos volviéramos hacia Cristo como ideal de nuestro vivir: "para mi vivir es Cristo", como nos dice San Pablo (cfr. Filip. 1:21). En Cristo todas las aspiraciones mejores de la persona humana confluyen: la paz, la justicia, la verdad, el amor, la igualdad, la libertad. En él, por consiguiente, se descubren los grandes valores que merecen la entrega de nuestra vida por el bien de los demás.

Cada vez que nos confesamos, repasamos esos ideales y, en lugar de caer en el pesimismo de ser "extranjeros" o lo que es igual en el cinismo contemporáneo, volvemos a recibir la gracia del fundamental optimismo cristiano. No hay verdadero creyente que se atreva a decir: "¡He fracasado!", porque Jesús mismo no lo dice. Cada uno, sí, debe pasar por "la hora", pero con la seguridad que su existencia no es inútil. El Espíritu Santo mantiene a los cristianos alejados del pesimismo que brota de una concepción errónea del pecado original.

Para un sacerdote católico el pecado original es inicio de desarmonía interior, pero nunca corrupción de la naturaleza humana. Por eso la Iglesia nunca aceptó la tesis de que "todas las obras del pecador son pecados", como si el hombre estuviese condenado irremediamente y su libertad ya no se contase más. (El Concilio de Trento y San Pío V, en el siglo XVI, y Pío VI en el siglo XVIII rechazaron esa tesis). Al contrario, sostenemos que el pecado original ha dejado a nuestra naturaleza herida, pero no desintegrada. De modo que la acción del Espíritu es, principalmente, una acción sanante y curativa. En el Sacramento de la Confesión, experimentamos el amor salvador del Padre, los frutos del Misterio Pascual y nos abrimos a todas las potencialidades de la libertad humana en la búsqueda del bien y la verdad.

En cuanto ministros de la Iglesia, también nosotros necesitamos de la reconciliación para poder ser los mistagogos de la vida cristiana. Característica de un mistagogo es la de no enseñar previamente el sentido y el significado de las acciones, sino acompañar las experiencias y enseñar durante ella o después. Podemos comenzar por confesarnos bien y confesar bien, para explicar a los creyentes qué hay detrás de la aparente inutilidad de este Sacramento.

Lo que hay detrás es el descubrimiento de que cuando nos confesamos estamos haciendo algo fundamental para ser personas y creyentes. Nadie puede darnos garantías de que las nuevas investigaciones y los conocimientos acerca de la personalidad humana, y las nuevas técnicas de la psicología en sus cientos de métodos, hayan cambiado el valor substancial de la confesión en el catolicismo. Esto es tan importante que pertenece a las raíces culturales de América Latina. Basta la experiencia de haber confesado a las multitudes de nuestros santuarios marianos para comprender bien mi afirmación. Claro que hoy se nos pide dar un paso más y hacer que tales confesiones adquieran la mayor calidad de un trato personalizado, en el cual el penitente tiene algo más que decir que una lista de pecados preparada de antemano. Ahora necesitamos más mistagogos que acompañen nuestro gesto y nos mue-

van a leer mejor nuestro texto. Solamente entonces podemos plantearnos nuestra triple relación con Dios, con los demás y con el mundo, y de qué manera tales relaciones fundan la cultura cristiana o la mantienen a lo largo de la historia.

La tensión del cristianismo está precisamente en la necesidad de que "la palabra se haga carne". Si nuestro decir, al confesarnos, permanece sólo decir, entonces no sirve para nada. Necesitamos el Misterio de la Encarnación, revivido en nuestra propia experiencia. Las palabras del confesonario deben tomar cuerpo, cobrar figura, para que se hagan palabras salvadoras. Es cierto que hay cosas inefables, inexpressables. Pero también es cierto que en todas las épocas los artistas, los pintores o escultores, músicos, los literatos o los filósofos o teólogos han intentado expresar aquello que pertenece al misterio divino. Esto es típicamente católico. En vano se encontrará, entre los ateos, o los modernos satánicos un dibujo humorístico como el que los creyentes hicieron del Demonio. Muchos nos consideran supersticiosos porque veneramos las sagradas imágenes de la fe, mientras ellos adoran sus inmensas bibliotecas secretas llenas de abominación.

La confesión es y será siempre una ocasión de "vivir" encarnadamente. Siempre existe la posibilidad de expresarnos de tal modo que, por la acción del Espíritu comprendamos nuestro ser y podamos zambullirnos en el misterio de Dios.

3. Creatividad, imaginación y fantasía pastoral

Pensar que un sacerdote para confesarse necesita ir a buscar a algún anciano venerable y escondido puede ser una buena idea. En todas las diócesis hay buenos sacerdotes de edad avanzada, disponibles para nuestra confesión. Sin embargo, si detrás de esa idea se esconde la sutileza de que "no se necesitan muchas explicaciones", el sacerdote se equivoca. Para que la confesión adquiera el valor de verdadera originalidad, el sacerdote debe intentar explicar lo inexplicable y expresar lo inexpressable. Esta es la vida de la fuente pastoral de la Iglesia: si existe algo por lo cual merece vivirse, entonces uno trata de manifestarlo como puede y no recurre a la treta de afirmar que las cosas son demasiado complejas como para explicarlas "a un hombre como yo".

La acción del Espíritu Santo cuando nos confesamos consiste en transformar las pobres palabras de nuestra confesión en algo hermoso. El traduce nuestra limitación y la convierte en belleza para los demás, sin que nos demos cuenta. Toda la hagiografía cristiana está llena de esta realidad. Aquí puede entenderse mejor este misterio de la "Comunión de los santos", que no incluye sólo a los que reinan con Cristo en la gloria, sino a los que peregrinamos aún o a los que esperan su completa purificación.

Nuestra confesión sacerdotal es así la primera causa de la belleza de una comunidad cristiana: porque el Espíritu actúa para transformar nuestra frágil humanidad en poderoso instrumento de salvación. Cuando nos animamos a "decirnos" y "explicarnos" completamente ante uno "igual que nosotros", nos sacamos de delante de los ojos la nube que

nos cubre y alejamos de la existencia la opacidad y la negrura. Recién allí comienza esa capacidad inventiva, creadora, fantasiosa y genial que puede verse en la vida de los santos, y que nos sirve de modelo pastoral a los sacerdotes de hoy.

Para introducir en la "comunidad del Espíritu" se requieren hoy los auténticos mistagogos que expliquen como puedan, con la simplicidad de Jesús, todo lo indefinible, impalpable, inefable. Si no lo explican es porque no saben nada, como esos sermones para adultos que provocan el total aburrimiento de los niños y tampoco sirven para los grandes. Es preferible un sermón para niños a quienes no se puede envolver con muchas palabras. Y los adultos creyentes están dispuestos a "hacerse como niños" (cfr. Mc. 10:15) con tal de recibir una migaja del misterio de salvación.

El sacerdote reconciliado y penitente no está paralizado: no se queda anclado en medio de dos mundos, no pierde pie porque nazcan nuevas culturas ateas, agnósticas o mágicas; no se somete como esclavo a la señora rutina; no se deja morir en la falsa seriedad. Por el contrario, su vida de "confesor" se dinamiza; su acción se multiplica; su tarea evangelizadora cobra nuevo vigor; es señor de sí mismo; y si muere, lo hace con buen humor.

Recuerdo a un sacerdote enfermo a quien los médicos habían desahuciado, que se moría lentamente añorando los días de su actividad. Como podía caminar, pensar y vivir, pese a sus dolores, lo invité un día sin previo aviso a que se levantase de su triste cama de moribundo y viniese cada día a la sede parroquial. "Si te debes morir, lo mejor es que te mueras contento rodeado de quienes te queremos", le dije. ¡Me miró con ojos atónitos! No dijo nada. Al día siguiente comenzó a venir a la Iglesia parroquial. Su presencia me permitió tocar de cerca esa misteriosa "comunidad de los santos", cuyo sólo pensamiento nos llena de gozo y esperanza.

V. — Conclusión

Ya es tiempo de dar término a este ensayo sobre la confesión de los sacerdotes. Voluntariamente, me he apartado de una visión histórica del Sacramento de la Reconciliación. No puedo estar de acuerdo con los teólogos positivos que en los últimos años han escrito sobre este Sacramento sacando "sus" lecciones de la historia. Mi punto de partida es que la Iglesia posee este Sacramento como parte del depósito de la fe y no está dispuesta a arrinconarlo en alguna oscura sacristía. Necesitamos la Penitencia y la Confesión en este momento de la historia, y los primeros en redescubrir su importancia debemos ser nosotros.

Cómo confesaban los monjes irlandeses en Francia o qué manuales usaron en el siglo XIX, es interesante conocerlo, pero puede conducirnos a una pista falsa, igual que muchos libros de historia o tratados teológicos actuales preparados sobre la base de los pecados de una comunidad, como el que escribió el Dr. Hans Küng hace veinte años.

Es preferible quedarnos simplemente con la convicción de que es

una historia admirable, capaz de trabar la lengua de cualquiera, pues siempre el hombre ha sentido el deseo de echar la culpa a otro, como hizo Adán con Eva y Eva con la serpiente (cfr. Gen. 3:12-13), o de excusarse de su culpa, como hizo Caín después de haber asesinado a Abel (cfr. Gen. 4,9). Lo importante es que a lo largo de la vida de la Iglesia y hoy también resuenan las palabras de Jesús instituyendo este Sacramento (cfr. Jn. 20:22-23).

Las delicias de un niño frente a una historia es que ésta sea agradable. Igual nosotros necesitamos deleitarnos con la experiencia histórica de este sacramento, que ha variado tanto como varía la sabiduría humana en el transcurso de los siglos. Y aquí nos hallamos, con el deseo de renovar nuestra identidad sacerdotal aproximándonos otra vez y con frecuencia al Sacramento de la Reconciliación.

1. *El ministerio sacramental de la confesión*

Hay un primer elemento a tener en consideración. Me refiero al uso del tiempo en el mundo contemporáneo. Dedicamos tiempo a muchas cosas nuevas que absorben la vida. Desde hace 25 años han sido tan grandes las nuevas tendencias y tan fantásticos los inventos, que aún no hemos podido tomar una cierta distancia de lo que en apariencia es muy útil pero nos quita el tiempo de vivir.

Todo el mundo espiritual que hemos mencionado hasta aquí presupone una decisión acerca del tiempo y de cómo queremos destinar las horas de nuestra vida. La experiencia exige establecer una jerarquía de valores con la cual medir nuestra dedicación a Dios, a la gente, al trabajo. Con estas prioridades puedo interrogarme sobre cómo ejercito las virtudes, cómo cuido al Pueblo de Dios, cómo atiendo a mi responsabilidad pastoral, cómo vivo mi sacerdocio y, en fin, cómo soy yo mismo y cómo vivo. Sólo mis prioridades me darán el tiempo de retiro, silencio y soledad para escuchar íntimamente lo mucho que Dios quiere decirme, y no escudarme en lo muy ocupado que estoy. Sólo estableciendo las prioridades para mi tiempo humano y moral, puedo reconocer la importancia de dedicarme a promover la fraternidad sacerdotal y comprender que mis hermanos ministros, diáconos, presbíteros y obispos, esperan mucho de mi presencia, de mi palabra y mi ayuda. Ese tiempo, no habrá sido perdido, sino "encontrado": ¡cuántas cosas aprendemos sobre la caridad de un buen pastor, en contacto con nuestros hermanos!

Se requiere, pues, cuidar el tiempo y especialmente reservarlo para nuestra confesión. Cada uno debe establecer cuál es el tiempo de quietud que va a ofrecer para su propio examen, contrición y confesión. Ya en esta decisión acerca del tiempo, está Dios actuando gratuitamente en favor nuestro, preparando el camino del encuentro con su perdón.

El segundo elemento a considerar es el sentido del Sacramento. Sólo un gran amor por la Iglesia nos hace captar todo lo que significa la reconciliación en nuestra comunidad de creyentes, y cómo es preciso que estemos dispuestos a perdonar de corazón (cfr. Mat. 6:14-15). Hace falta acercarse y desear la mediación de la Iglesia, pues eso corres-

ponde muy bien a la lógica de la Encarnación. En efecto, a través del confesor, que hace presente a Cristo, Dios nos ofrece el perdón. ¿Por qué no aceptar gustosos ese ofrecimiento y dejarnos salvar según el modo encarnado de esta historia? Sobre todo, nos debe apremiar el pensamiento que el perdón del sacramento no nos hace olvidar nuestro pasado sino recuperarlo; más aún, conociendo el pasado, nos hace cambiar de vida (cfr. *Juan Pablo II*, 22 y 29 Feb. 1984, en *L'Osservatore Romano*, 1984, ed. Cast., p. 119 y 143).

El tiempo que empleamos para nuestra confesión es un signo, escondido para los demás, de nuestro real amor a Cristo y a su Iglesia, y de nuestro reconocimiento a Dios para habernos confiado al ministerio de un don tan grande.

2. Preparados para ser reconciliadores

Cada vez que nos confesamos y hacemos de ello un encuentro personal, nos preparamos para ser auténticos confesores.

Cuando hablo del encuentro personal me refiero a una confesión donde ni el confesor, ni el penitente sean "eso" sino "tú". El diálogo humano se da realmente en un "yo-tú", aunque siempre estemos tentados en convertirlo en un "yo-eso". Descubrirme a mi mismo, contemplarme como Dios me ve mediante mi propia confesión, es uno de los mejores modos para ser ministro del Sacramento. El Papa Juan Pablo II nos alerta hoy contra el "ritualismo del anonimato", movimiento pendular a que nos condujo el "ritualismo individualista" (cfr. *L'Osservatore Romano*, 1984, ed. Cast., p. 203). La dimensión comunitaria y social de la Reconciliación pasa por un diálogo personalizado y lleno de caridad. No hay que confundir ritos colectivos con comunidad. La comunidad creyente siempre pasa por la persona redimida.

3. La Iglesia tiene memoria

Todo nuestro esfuerzo para mostrar la importancia capital de la confesión para los mismos sacerdotes se sintetiza en esta nueva vida cristiana en la cual la memoria es rescatada del olvido. Únicamente así evitamos ser hombres fragmentados y somos principio de comunión entre los fieles.

Existe un motivo para rescatar nuestra memoria: la Iglesia también tiene memoria. Por eso, vuelven cada año a pasar por el corazón de los creyentes los misterios de la vida de Cristo y el recuerdo de los santos. Todo el misterio de la fe se hace presente en este "hoy" que nos trae ahora la memoria de toda la historia de Salvación con todos y cada uno de sus protagonistas, especialmente de aquellos cuyas vidas fueron un testimonio viviente de la misericordia y la justicia de Dios.

4. El examen de conciencia cotidiano

Para dar espesura a nuestra vida cristiana es preciso recuperar una práctica sencilla que nos propone la Iglesia al recitar el oficio de Completas: el examen de conciencia. No se requieren muchos mi-

nutos. Los suficientes para desarrollar nuestro día y asegurar fidelidad al Señor. Por eso, conviene destinar un breve tiempo a estas Completas, con atención y concentración. Es el momento de la vuelta a nosotros mismos, de dejar las cosas y dedicarnos con toda humildad a suplicar la misericordia de Dios Padre y la luz del Espíritu Santo sobre nuestras acciones, palabras, pensamientos y omisiones. Este ejercicio, repetido cada noche, romperá la distracción y nos acercará a Dios, el verdadero centro de nuestra vida.

5. Recobrar la identidad mediante la confesión sacramental

El interrogante del comienzo ha sido respondido: el sacerdote católico se acerca al centro de su conciencia y asume cada vez mejor su identidad de Ministro de Cristo y servidor de la Iglesia. Mediante su propia confesión realizada como encuentro personal en donde decimos nuestro más íntimo texto, en el marco del propio contexto, y evitamos todos los pretextos o autojustificaciones.

Concluyo con lo que me parece ser la clave para interpretar todo este estudio. El Sacramento no es un mero ejercicio psicológico del esfuerzo de nuestra libertad. El sacramento es, primaria y principalmente, el don de la misericordia de Dios a través de la mediación del ministro humano que actúa como presencia del Verbo encarnado en la historia.

Porque es un don del amor de Dios, el perdón que recibimos no se conforma con reconocer la culpa, sino que la borra, no de la memoria, sino en cuanto angustia y desesperación. De esta manera, en vez de vivir como olvidados de quienes somos, recibimos la fuerza del Espíritu Santo para ser hombres auténticos. Más aún, nuestra humildad queda recompensada porque el mismo Espíritu Santo empieza a ser en nosotros un nuevo principio dinámico de actividad y vida (cfr. Ga. 5:18).

La confesión personal, en la que me cuento en mis culpas y responsabilidades, con el perdón y la recuperación de mí mismo, hace nacer en mí una gran alegría en mi limitación. En lugar de desear lo ilimitado, como si quisiera levantar nuevos rascacielos de Babel, mi corazón queda satisfecho y gozoso. Los antiguos llamaban a esto "compunctio", o sea, sentimiento del pecado como aquello que nos desinfla, nos quita la figura, nos hiere y nos lastima. (Cfr. Juan Pablo II, 8 abril 1984 en *L'Osservatore Romano*, 1984, ed. Cast. p. 227). No es, como dicen algunos autores, la tristeza y angustia que proviene del conocimiento de nuestros pecados sino exactamente lo contrario: la alegría y la comunión con Cristo, vencedor del pecado y el agradecimiento a Dios por su misericordia y porque nos ha dado la Gracia de reconocer nuestra fragilidad. Más aún, la compunción es lo que permite descubrir las opciones y compromisos de una vida auténticamente cristiana y servicial.

Puedan estas páginas servir de ayuda a mis hermanos sacerdotes en el redescubrimiento del valor que posee para nuestra identidad de ministros el sacramento de la Reconciliación. Y la Santísima Virgen, auxilio de los cristianos, nos acompañe en esta peregrinación hacia Jesús.